

trás de *celerēs* y no después de *alipedum*. El término *clipeatis* del verso 381 ese defiende con razón por Riedlberger como una metáfora, pero creo que más bien se trata de una enálage (*primaque Marmaridum clipeatis agmina campis*), recurso literario empleado por Coripo en los versos 195, 301-302 y 318.

El libro se cierra con una rica bibliografía (457-484; en la web se puede consultar el artículo de Serafín Bodelón, “Coripo: Introducción y puesta al día bibliográfica”: <<http://www.uned.es/ca-gijon/web/actividad/publica/entemu02/a1.pdf>>), un Índice de pasajes de la obra de Coripo (485-495) y un valioso y utilísimo Índice de materias y nombres propios, tanto antiguos como modernos (497-503). La impresión es clara y con pastas y papel de calidad, *rara avis* en estos tiempos de alocada crisis económica.

Antonio Ramírez de Verger
Universidad de Huelva

Ana CASTRO SANTAMARÍA-Joaquín GARCÍA NISTAL (coords.), *La impronta humanística (ss. XV-XVIII). Saberes, visiones e interpretaciones*, Palermo, Officina di Studi Medievali, 2013, 576 pp. ISBN 978-88-6485-072-6.

Es difícil reseñar un libro colectivo formado por 32 aportaciones que nos llevan desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII, desde la vieja Europa al Nuevo Mundo, Asia o África, y que aún enfoques lingüísticos, literarios, pictóricos, religiosos, etc. Por eso nos parecen apropiadas las definiciones de “colorista caleidoscopio” o de “poliédrica mirada” que aparecen en la presentación de esta nueva monografía sobre Humanismo, de título tan genérico como *La impronta humanística*.

Según el DRAE, *impronta* es una “reproducción de imágenes” o una “marca o huella que, en el orden moral, deja una cosa en otra”. Así pues, estamos ante la marca o huella del Humanismo en sus “saberes, visiones e interpretaciones”, tal como recoge el subtítulo.

Desde luego, la dificultad de coordinar un trabajo de este tipo es la organización del material, para lo que Ana Castro y Joaquín García han optado por una estructura tripartita, con un prólogo, tres grandes bloques y un índice onomástico y toponímico.

Son esos tres grandes bloques temáticos los que se citan como “saberes, visiones e interpretaciones”, correspondiendo los “saberes” a 10 aportaciones sobre diversos aspectos de humanistas reconocidos; las “visiones” a 14¹ imágenes del Nuevo Mundo de quienes allí viajaron; y las “interpretaciones” a estudios sobre emblemas, monedas e iconografía artística.

¹ 14 y no 13 como se indica en la presentación (4). Es el bloque más extenso y el que se centra con mayor detalle en el Nuevo Mundo, tema que sin duda interesaba a Justina Sarabia, autora de un capítulo en la obra, miembro del equipo de investigación que la edita y, sobre todo, abnegada maestra de Historia de América a quien, tras su muerte, se dedica emotivamente el libro.

Lógicamente, desde un punto de vista temático, el primer bloque es el más heterogéneo y el de más difícil organización, pues abarca temas muy variados sobre distintos humanistas, como Arias Montano, Pérez de Oliva, Jiménez Patón, Simón Abril, Pedro de Valencia... Dada esa dificultad, hemos alterado el orden elegido por los coordinadores, para seguir mejor una línea temática que nos permita reseñar la obra.

Pues bien, en el primer trabajo, Vicente Bécares (7-20) analiza el Siglo de Oro español partiendo de la madurez que había alcanzado nuestra lengua y del estudio del *currículum* renacentista, ejemplificado en la Universidad de Salamanca. Trata así conceptos humanistas correspondientes a una realidad a la que, tristemente, estamos acostumbrados hoy, como “planes de estudio, proyecto curricular, métodos o evaluación de resultados”. Esa renovación humanista en Salamanca es el foco también del trabajo de Cirilo Flórez (21-36), que analiza los *tituli* latinos compuestos para las nuevas cátedras por Pérez de Oliva.

Les siguen trabajos muy diversos sobre la obra de varios humanistas. El primero es Pedro Simón Abril, cuya vida y actividad docente analiza Juan Antonio López Férez (37-56), así como sus obras impresas o manuscritas, con especial atención a gramáticas, traducciones y a su defensa del castellano. Arias Montano y sus posibles interpretaciones cabalísticas es el centro del trabajo de Sergio Fernández (81-88), quien concluye que, a pesar de los gustos personales de Montano por la magia, la astrología o la cábala, a pesar de su defensa del carácter primigenio del hebreo como lengua que refleja la esencia de las cosas, lo cierto es que no tiene nada de innovador ni de cabalista.

Sobre Pedro de Valencia, Jesús M^a Nieto (89-104) analiza sus convicciones católicas y monárquicas, que le hacen presentar a Felipe III como buen rey, imagen de Dios en la tierra, con cualidades para reinar como cabeza del estado, padre de familia o buen pastor, y defensor prudente y justo de la cristiandad. En un contexto similar de virtudes, Jiménez Patón y su *Virtuoso discreto* serán objeto del estudio de Jaume Garau (119-132), que destaca cómo esta obra moralista pretendía hacer de sus alumnos “gigantes del cielo”. Ahora bien, si hay un recurso educativo y edificante son los *exempla* bíblicos y clásicos, cuya pervivencia es analizada por Germán Santana a propósito de la *Monarquía Indiana* de Torquemada (105-117), que usa estas referencias para explicar la historia de Nueva España y justificar su evangelización.

Como vemos, en este bloque hay también trabajos sobre la pervivencia de conceptos y autores clásicos. Así, sobre la pervivencia de Aulo Gelio o Valerio Máximo en novelas de caballerías, Folke Gernert (57-69) analiza su presencia en el *Baldo*; y en cuanto a la pervivencia del concepto de felicidad, M^a Asunción Sánchez (133-145) plantea cómo cambió a finales del XVII, pues la práctica de la lectura y el avance de la burguesía hacen que, frente a la idea clásica de felicidad moral o filosófica, nazca una basada en el orden social. Por ello, si en el trabajo de Jesús M^a Nieto el responsable de la felicidad era el príncipe —concepto humanista—, la responsabilidad pasa ahora a la sociedad y a sus miembros.

Como hemos apuntado, el segundo bloque engloba el mayor número de aportaciones (14) y comprende la parte central y más extensa del libro (147-362). Está dedicado a

“Curiosidades y Realidades: visiones del mundo” y se centra en las imágenes y sensaciones que viajeros y misioneros reflejaron sobre sus experiencias, por lo que no entendemos muy bien por qué trabajos como el de José M^a Maestre aparecen en este bloque, convertido un poco en “cajón de sastre”.

Se estudia en el trabajo citado la falsificación de un pasaje del capítulo 26 del *Satiricón* por Marchena, que logró engañar a la filología del XIX. Descubierta la trama, como documenta el autor con su exhaustividad habitual (147-177), se han hecho varias reediciones y traducciones, como la publicada por Joaquín Álvarez, que reedita el texto latino, con traducción castellana, introducción y notas. Pero, como demuestra el profesor Maestre, si Marchena destacaba por su formación clásica y bíblica, su afrancesamiento y su condición de español, para hacer una buena reedición y estudio de su obra se requiere también formación en lenguas, literaturas, historia y cultura, tanto clásicas como española y francesa de la Edad Moderna. Solo así pueden evitarse en una futura edición los errores de la mencionada.

Otra falsificación, o mejor error, se cita en el trabajo de Juan Gil (283-314) sobre la autoría de sor María Ágreda de un tratado de cosmografía, en el que la monja cuenta que se había elevado y describe el mundo “a vista de pájaro”. Gil demuestra que la famosa monja no pudo ser autora de una obra llena de arquetipos, noticias, mitos y errores que no se corresponden con otros trabajos de ella misma. Por eso, se decanta el autor porque la obra naciera en “ámbito monástico para consuelo ... y solaz espiritual de algunas religiosas”, mostrando el bajo nivel cultural de la España de la época. Concluye además con la edición de los tres capítulos de la obra comentados más en extenso (África, Asia y América).

En la amplitud del campo de estudio de los humanistas cabía también la economía, como estudia Jesús L. Paradinás (179-188) a propósito de Alberti y su *Libro de la familia*. Para ello, hace un recorrido histórico por la visión de la economía hasta la Edad Moderna, concluyendo que la idea de Alberti, en la que importa la virtud, la moral y el bien común, no participa del concepto moderno de economía. Tal vez si hubiésemos leído opiniones como las del libro tercero, acerca de rechazar la avaricia y el despilfarro, no gastar sin razón, gastar menos de lo que se gana, mantener la simplicidad, la verdad y la integridad en una compra-venta, o que es mejor perder dinero ganando gracia que enriquecerse al contrario (184), no estaríamos ahora en la crisis que nos aflige. A esta visión económica se une la ecológica de Cobos (315-324) en cuya *Historia del Nuevo Mundo*, como analiza Luis Millones, se reflexiona sobre la naturaleza y el origen de las palabras usadas en este campo, estudio que exige averiguar qué términos eran originarios o no, sus intercambios, mezclas, errores, etc.

Lógicamente tenían que aparecer en este bloque relatos de viajes, como las *Navigazioni et viaggi* editados por Ramusio quien, según relata M^a Carmen Martínez (199-210), estaba interesado tanto en los negocios con la Nueva España como en conocer costumbres, plantas o pueblos. Otra visión de viajero es la de Ramón Moya, abogado manchego que viaja al Nuevo Mundo en el XVIII reclamado por su tío y que, como relata M^a Isabel Viforcós (349-362), ofrece en sus cartas impresiones negativas de esas tierras sobre la

dureza del clima, la pobreza, la holgazanería, la ropa provocativa de las mujeres o la relajación del clero. Y es que las cartas de los emigrantes a Indias, como indica M^a Dolores Pérez (229-238), son un documento esencial para “estudiar el rostro humano de la emigración”. Son cartas-reclamo para que los familiares pudieran obtener licencia de embarque, y en ellas se describen lugares y sentimientos como los de este marido: “Señora no pongáis excusa en vuestra venida, por los ojos que en la cara tenéis, recibiré tanta consolación con vos, con mis hijos, que no tengo lengua para os lo decir del placer que mi ánima sentirá ... El que desea más veros que no escribiros, vuestro marido” (234).

Sobre viajes también, pero por Asia, es el trabajo de Consuelo Varela (263-282) acerca del *Itinerario* de Linschoten, que contaba con mapas, grabados o informaciones curiosas como que los chinos escriben más que griegos y romanos, que los japoneses son muy corteses, aunque sus celos les llevan a vendar los pies a las niñas para que no puedan alejarse mucho.

Ahora bien, el Nuevo Mundo es visto con curiosidad y ambición, pero también como tierra de misión. De ahí la necesidad de contar con mapas, como explica Rodrigo Moreno (325-333) a propósito de la cartografía jesuita del archipiélago de Chiloé, y de ahí también el capítulo de José Palomares (211-228) acerca de la opinión de fray Luis sobre la guerra justa, la esclavitud, el mesianismo o el uso de la fuerza. Y, por supuesto, en la tarea de evangelizar eran fundamentales las imprentas, muchas veces regidas por viudas de impresores que, como estudian Isabel Arenas y M^a Justina Sarabia sobre Rosa Teresa de Poveda, realizaban un trabajo vinculado a la Ilustración católica (335-348).

Todo este mundo de viajes y emigración tratado en el bloque segundo hacía ya a nuestros humanistas plantearse la condición de extranjero. Y así, como analiza Avelina Carrera, algunos humanistas (sobre todo italianos) consideraban que este fenómeno era una fuente de disturbios, frente a otros que insisten en la *dignitas*, la fraternidad universal y *christiana*, en la dureza de vivir lejos de la patria o en el carácter beneficioso para algunas profesiones del hecho de viajar y conocer otros pueblos —como decíamos a propósito de la visión económica, pura actualidad—.

A las anteriores se unen otras visiones del Nuevo Mundo, como la de Jesús Panigua (239-251) quien, aunque con demasiadas erratas, trata sobre la identificación del Perú con Ophir hecha por Montano y su concepción de la ascendencia judía de los indios americanos. Por su parte, José Antonio Beltrán (251-262) analiza la cultura geográfica de Simón Abril partiendo del inventario de su biblioteca, que nos lo descubre como un lector ligado a la tradición humanística y académica, a los autores clásicos, y poco interesado por la geografía contemporánea.

Finalmente, el tercer y último bloque, el más reducido y homogéneo, ofrece ocho contribuciones sobre imágenes (numismática, emblemática y medallística). En concreto, la primera imagen será la de las monedas, al centrarse Cruces Blázquez (363-376) en el interés humanista por la numismática, para lo que repasa los principales trabajos sobre este tema —como el de Antonio Agustín— e insiste en la importancia de las “medallas” en una España sumida en un proceso de unificación nacional y de expansión imperial, lo cual requiere un pasado glorioso, como el que se muestra en las monedas antiguas. De

temática similar es el trabajo de M^a Dolores Campos (377-392) acerca del medallón con el retrato de Carlos V rodeado por los bustos de Trajano y Augusto, que aparece en San Marcos de León; un retrato acorde con la imagen que se pretende dar del rey tras la coronación de Bolonia, relacionándolo con el pasado romano e hispano y reforzando aspectos de dignidad clásica y majestad imperial. Y si en este trabajo se ensalzaba a Antonio Agustín en la numismática humanista hispana, lo mismo se hace en el de Ana Castro (393-412) centrado en la imagen de César en los libros de medallas del siglo XVI. Cambia el referente clásico, de Trajano y Augusto a César; cambia la referencia renacentista, de Carlos V a Juan de Álava; o el monumento, de León a Santiago, pero la base es la misma: difundir valores a través de imágenes.

La aportación de Baltasar Cuart (413-39) une pintura y literatura, pues trata sobre la traducción que hizo Gaspar de Baza de los *Elogios* de Giovio, que no tuvo éxito en nuestro país por basarse en imágenes que no aparecen en la obra, por ser de personajes poco conocidos o por ser el humanista italiano poco amante de nuestras glorias.

Siguen dos trabajos centrados en emblemas. El de Pilar Díez del Corral (441-450) sobre el proverbio *Sine Cerere et Baccho friget Venus*, que aparece en un tratado moral de Aneau, cuya composición se diversificó en emblemas, tratados moralizantes e incluso en representaciones eróticas; o el trabajo de Fernando González (451-464) sobre los emblemas de las ediciones del *Quijote* a partir del XVII (como la de Mommarte), en la que se valora la virtud de la Prudencia.

Las dos últimas imágenes son las de Carlos Pena (465-76) acerca de las cuestiones que se plantean desde la Edad Media sobre el Paraíso, como su ubicación, la lengua que se hablaba en él, la vegetación...; o la de Joaquín García (477-89) sobre el capítulo que fray Andrés de San Miguel dedica al Templo de Salomón, donde se advierte su cultura bíblica, clásica y arquitectónica.

Tras esto, en fin, va un índice onomástico y toponímico que pone el broche a una obra extensa y variada, una nueva monografía sobre el Humanismo, sus fuentes y su impronta, que se extiende hasta el siglo XVIII. Es una obra colectiva, fruto de unas jornadas de trabajo y dedicada emotivamente a Justina Sarabia, coautora y promotora de un volumen que cuenta con unos bloques más o menos definidos. Como es lógico, en medio de la profusión de bibliografía sobre Humanismo que se está dando en los últimos años, con ediciones y traducciones de todo tipo de textos renacentistas (especialmente gramáticas, retóricas, poéticas o epistolarios); con colecciones de textos y estudios especializadas, como *Palmyrenus*; con numerosos volúmenes colectivos fruto también de jornadas y congresos; con la edición periódica de las actas de *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico*; con trabajos recientes también sobre emblemática..., es difícil ofrecer un enfoque novedoso, aunque sí creemos especialmente destacable en esta obra, desde un punto de vista temático, la presencia de los apartados dedicados a las visiones y a las imágenes del Nuevo Mundo.

En esta reseña, en fin, hemos alterado el orden de revisión de los trabajos, nos hemos mostrado en desacuerdo con la atribución concreta de algún trabajo a un bloque, o hemos señalado la presencia de erratas, pero eso no es óbice para que nos hayamos ale-

grado de leer y aprender nuevamente sobre aspectos, visiones, autores, lugares y temas del Humanismo.

M^a Luisa HARTO TRUJILLO
Universidad de Extremadura

Juan Francisco DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ, *Arias Montano y sus maestros*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2013, 214 pp. ISBN 978-84-7882-781-1.

Benito Arias Montano vuelve a ser rescatado para la crítica con esta obra que estudia su figura desde una perspectiva novedosa: una mirada a la biografía del extremeño desde su relación con los maestros que lo formaron en los ámbitos académico y doctrinal. El conocimiento de estos vínculos se ha planteado como una meta importante para el autor de este trabajo, Juan Francisco Domínguez. Aclara que el objetivo de esta monografía no es relatar de forma pormenorizada la biografía de cada uno de los maestros de Montano, sino presentar concisamente los datos que existen sobre la relación del humanista con ellos. Siendo un gran estudioso de la figura del frexnense, el autor apunta que este aspecto de la investigación sobre Montano ha sido poco tratado hasta la fecha. Por esta razón el libro podría considerarse un inicio que motiva a continuar el cultivo de esta nueva vía de conocimiento sobre el escritor.

La monografía comienza con dos citas, una en latín del humanista onubense Alfonso García Matamoros y otra en alemán del científico Albert Einstein. Ambas son alusivas al tema central y a los objetivos que se exponen en el preámbulo que le sigue después: cómo fue la relación de Montano con sus maestros y cómo incidieron en su vida y pensamiento. Algunos eran profesores y otros no docentes, pero todos marcaron su evolución intelectual y a ellos se dirigió siempre como un discípulo. Son las figuras que ocupan los capítulos centrales de este trabajo. La monografía va desgranando cuidadosamente cada una de las etapas biográficas académicas de Montano: desde su más tierna infancia en Fregenal, donde se destaca a su padre Benito Arias, para luego repasar su estancia en Sevilla, lugar en el que sobresalen Juan de Quirós y Pedro Mexía. El biblista no tuvo relación académica con ninguno de ellos, pero a todos los consideró maestros.

Tras su estancia en la Universidad hispalense, Montano se traslada a la de Alcalá, el momento más esplendoroso de su formación juvenil. Al llegar a este punto la monografía se detiene en las Facultades de Artes y Teología, pertenecientes a los grados que estudió Montano. No obstante, y como ya ocurrió en el capítulo de su etapa sevillana, el análisis no se limita solo a enumerar nombres y datos. Toda la información está contextualizada de forma impecable, de tal manera que el libro sigue en cada etapa educativa de Montano el mismo esquema. Primero se describe con brevedad el plan de estudios en cuestión, exponiendo incluso el sistema de selección docente y especificando quiénes regentaron las cátedras de las materias cursadas por el frexnense en esa franja temporal.